

## CUENTA DE PASIVO

**E**L agua brotaba del caño de plomo en un hilo grueso, a borbotones bruscos y desiguales. Pero hacía un rumor de manantial silvestre que corretea en libertad.

Un niño de pocos años se acercó cauteloso a la fuente, miró a su alrededor con aire circunspecto y, al saberse impune, se asió al borde de la taza con la mano derecha y con la izquierda tentó el chorro descendente, como tratando de buirgar en la maraña de rizos de una larga cabellera. Abandonado a la delicia de la escurridiza frescura de perlas del agua, se entretuvo durante unos instantes palpando el líquido fluyente, echada en el ovido la amenaza de una inesperada aparición del guarda del parque.

De repente, al alzar la vista en dirección al sendero que conducía a la fuente, el niño distinguió por entre la enramada baja la vistosa escarapela prendida en la copa del airoso sombrero del guarda que avanzaba rauda, decididamente hacia allí, y su último atrevimiento antes de emprender la huida, fue palmo-tear el ras del agua estancada en un quimérico intento de deshacer el dibujo rodante de las ondas...

...Mientras espero a que me avisen cuando llegue mi turno —les toca a otros cuatro antes que a mí, se ve que menudean los conflictos— para entrar en el despacho del asesor jurídico laboral a exponerle mi caso, creo que me conviene ordenar las ideas. Sí, digo bien: poner en orden mis pensamientos, racionalizar el asunto, desdramatizarlo, evitar el punto de vista subjetivo. Al fin y al cabo, de los mismos hechos se desprenderán, supongo



yo, conclusiones evidentes, algunas de las cuales podrán jugar a mi favor y algunas otras, para qué voy a engañarme, me perjudicarán, es obvio.

Sé positivamente que tal como han sucedido las cosas lo más que se me podría otorgar sería, en primer lugar, una indemnización económica "satisfactoria" y, en todo caso, además, aunque será poco probable que así se acuerde, algo parecido a la posibilidad de resarcirme públicamente, aún no logro imaginar cómo, a fin de salvaguardar mi futura reputación profesional.

Despedido anteayer, a los diez meses de encontrar trabajo por primera vez en mi vida, después de un año de paro forzoso una vez acabados mis estudios de doctorado en Económicas, soltero, así pues sin cargas familiares onerosas, joven, demasiado joven frente a individuos que ya no lo son y que por eso mismo se arrogan el derecho de imponer la ley del más viejo, la del que ha llegado antes al mundo, y que, según observo, se confunde a veces con la ley del más fuerte, en el fondo he venido hoy aquí, bien claro lo tengo, sólo con el propósito de ejercer mi derecho al pataleo, la réplica habitual de los que se saben derrotados de antemano, la única complacencia que la justicia depara a los protagonistas de los casos perdidos.

Así que lo mejor será que se lo refiera todo al abogado desde el principio, es decir, desde el momento en que penetré, devorado por los nervios, en el lóbrego vestíbulo de entrada a la fábrica dispuesto a asistir a la reunión inaugural del comité de empresa del pasado ejercicio económico en mi condición de asesor contable adjunto a la división de extranjero.

Al entrar, el presidente, Miguel Angel Primo, vino hacia mí, abandonando por unos instantes el reducido círculo de consejeros contentulios con quienes departía cerca de la escalera principal. Desde allí, vueltos sus ojos hacia nosotros dos, todos ellos, sin excepción, estuvieron escrutándome insistentemente, con intensísima curiosidad. Lo mismo hicieron algunos de sus otros compañeros, que también estaban charlando entre sí de pie, diseminados en animados y gesticulantes grupúsculos o displicentemente arrellanados en los negros sillones y los negros sofás de los dos opulentos tresillos de añejo cuero que se hallaban situados uno frente al otro en los ángulos de la amplia antesala contigua a la portería. Ingrávida, suspendida a media altura en el espeso aire encerrado que se respiraba en el opresivo recinto de techo demasiado bajo, flotaba inerte una densa nube de maloliente humo de tabaco rubio con filtro, aureolada por el ya firme resplandor del sol de las primeras horas del primer día de septiembre que se filtraba invictó a



*través del gran rectángulo del único ventanal de cristales esmerilados abierto como una tronera de liberación en el grueso muro de mampostería...*

*...Tú la veías trajinar de aquí para allá y pensabas para tus adentros que si no espabilaba, seguramente se iba a hacer la hora en que ya no valdría la pena salir de paseo en coche con los niños. Evitabas pasar de la idea al acto, lo que te rondaba en la cabeza como un tábano engolosinado en una matadura: que si te molestabas un poco en echarle una mano, hubiese sido lo más natural y lo más conveniente para todos.*

*Pero aún los prejuicios. O la mala conciencia. La mujer, que acarree con lo que le ha tocado en suerte. O sea, que bregue sola en la casa, que se descotille con los hijos. O, a lo mejor permanecías cómodamente repantigado en la butaca haciendo como que lees el periódico del domingo, ajeno en apariencia a las dificultades típicas de un ama de casa con tres hijos de corta edad, uno de siete años, otro de dos y medio y el último de meses, cinco para ser exactos, porque, sin que ni tu mismo fueses capaz de con las causas, quien te dice a ti que tus irritaciones, últimamente ya casi cotidianas, y desde no hacía mucho, el desconuelo dominical por la mañana, no se debían a lo que un sagaz médico de cabecera habría diagnosticado como "surmenage" o "stress", las plagas de nuestro tiempo, la procelosa era de la conquista de lo imposible a costa de lo evidente. Claro está que no se debe simplificar así. Los hechos tienen un trasfondo más complejo que el que las meras suposiciones indican. Todo lo compensa el trabajo. Tú no te puedes quejar, porque después, cuando te creías abandonado de la mano de Dios, El, sí, por qué no asegurarlo rotundamente, te tenía previsto un buen acomodo: un puesto de categoría acorde con tu titulación académica en una caja de ahorros, en la sucursal urbana número dos de una de las entidades financieras de más sólido prestigio del país. Anda y que no se te olvidaron rápido las congojas que te produjo aquel feo asunto. Pero, mejor no removerlo más. Lo pasado, pasado está. Aunque el resentimiento se avive cuando te viene a la memoria lo ocurrido entonces. Y es que no fueron limpios contigo. En aquello hubo turbios manejos. Porque a parte de que tú te dejaras engañar por Amparo, la esposa de Vicente García-Wolf, el jefe de tu división, y sin llegar a entrar en lo que de impulso incontrolado, de inconsciencia juvenil, de deseo irreprimible, de seguro amor, que todo eso junto constituía lo que tú sentías por ella, otros factores entraron decisivamente en juego. Por ejemplo, la inexplicable animadversión de algunos de tus colegas, que, como desde el primer momento te había dado la impre-*



sión, vieron en tí, y no exajerás, un rival temible, un enemigo al que había que derrotar más que un compañero de trabajo. Y, en resumidas cuentas, porque a Pedro Larra, uno de ellos, que había estado acosando a Amparo largo tiempo, le sentó como un tiro enterarse de vuestras relaciones. Pero, "don't cry on the spilt milk". Ahora que si no fuera por lo que tú bien sabes, gritarías a voz en cuello unas cuantas verdades dado que tienes tus motivos para estar preocupado también por el futuro de tu actual empleo. Porque, qué suerte tienes, oye, siempre tropiezas con algún individuo que con más autoridad que tú, está dispuesto a complicarte la vida. Y en este caso se trata del jefe de administración, don Mariano Contreras, quien, como no te andes con cuidado y seas capaz de hacerle olvidar que eres yerno de Juan Ortiz, con el que por lo que te ha contado tu mujer tuvo un enfrentamiento de órdago cuando trabajaban ambos en el mismo banco local hace ya algunos años, te puede perjudicar muy en serio. Verdad es que en tu trabajo de ahora, hay días en que te tienes que resignar, a causa de las inevitables tensiones entre cargos directivos y subordinados, eres consciente de ello, aunque a veces sientas ganas de soliviantarte hasta el punto de merecer el despido inmediato. Pero, si así fuera —imagínate la escena, solázate unos instantes con sus detalles—, te quedaría el precario consuelo de verte a ti mismo saliendo libre a la calle, bañándote en el sol de la mañana, internándote en los vericuetos del parque más cercano y, una vez ya tranquilo, sentado en un banco, descansando un momento o acercándote al borde de una fuente para hundir una mano en la deliciosa frescura del agua que murmura inconsciente, como hiciste de niño, cierta vez, hace años...

